

Es muy difícil imaginar que alguien hoy en día viviera como el cínico Diógenes o que no tuviera creencias como el escéptico Pirrón. Pero el filósofo helénico que vamos a considerar hoy, Epicuro, es otro caso por completo, pues su escuela brilla con ideas muy contemporáneas. Sé que estás pensando: “¿Quién no quisiera vivir como epicúreo, pues se trata de comer rico y gozar de todo tipo de placer sensual, no?” No. Veremos que ese estereotipo es falso. Lo que realmente llama la atención es su cosmovisión, su forma de entender la naturaleza del mundo. Siguiendo a Demócrito, dice que lo único que realmente existe son átomos volando en un inmenso espacio vacío y que todo lo que percibimos, amamos, y tememos en esta vida no son más que combinaciones perecederas de los mismos. Concedía que los dioses existen pero que no tienen el más remoto interés en nosotros, entonces no hace falta hacerles sacrificios ni temerlos. Lo único que tiene sentido en este escenario es buscar placer y no temer la muerte.

Sus ideas fueron escandalosas para su época, tanto para los paganos greco-romanos como para los judíos y cristianos. De hecho, en el Mishná, una antigua compilación de las leyes de los judíos, los herejes, los no creyentes, se llaman *Epikoros*, que se deriva del nombre de nuestro filósofo. Eso de átomos y el vacío suena medio escalofriante y pues es fácil ver cómo eso cae mal a una sensibilidad religiosa, pero el genio de Epicuro estriba en cómo deriva de ese desolado escenario principios para una vida plena y significativa. Hablaremos con mucho detalle de la teoría epicúrea y sus consecuencias prácticas, pero, antes de empezar con ello, quisiera hablar un poco de cómo sus ideas han llegado a nuestras manos. Puedes ir a una biblioteca y encontrar libros sobre el epicureísmo sin problema, pero seguramente no tienes ideas de la minúscula probabilidad de que sus ideas sobrevivieran el tránsito del tiempo. Para apreciar eso, quiero reflexionar un momento sobre el Internet.

Hay dos cosas que sabemos del Internet. Primero, que la gran mayor parte de lo que se encuentra ahí es basura. Y dos, que una vez subido algo, es casi imposible eliminarlo del ciberespacio. Lo contrario fue el caso en el mundo antiguo. No existían blogs o cuentas de Twitter en los que cualquiera, sin costo alguno, podría contar el aspecto más trivial de su existencia. Si uno quería plasmar algo en un medio físico, había más o menos tres opciones: tablillas de barro, piedra, o papiro. Como puedes imaginar, era un proceso tardado y costoso, así que sólo datos o ideas importantes se plasmaban. Siendo la piedra muy duradera, han sobrevivido muchos de los textos que los egipcios y mesoamericanos escribieron. Pero los textos que nos interesan en este vídeo, los del mundo

helénico, se escribieron en papiro, sustancia que se deshace fácilmente con el paso del tiempo. De hecho, los únicos manuscritos originales que tenemos del mundo propiamente greco-romano los debemos a la famosa erupción del Monte Vesubio en el año 79 a.C. que sepultó las ciudades de Pompeya y Herculano. En Herculano, una de las villas que excavaron contenía una biblioteca de rollos de papiro. Aquí vemos uno de ellos. Por cierto, nuestra palabra “volumen” (refiriéndose a libros) viene de una palabra griega que significa “cualquier cosa enrollada”. Aquí vemos el mismo rollo desenrollado, y luego limpiado y restaurado. Entre los rollos recuperados en Herculano son varios fragmentos de una obra que se llama *Sobre la naturaleza* del propio Epicuro. Por un catálogo antiguo, sabemos que esa obra constaba de 37 volúmenes o rollos, de los que sólo tenemos unos fragmentos. Es impresionante y muy triste la cantidad de obras del mundo antiguo que se han perdido. Por ejemplo, de los 200 obras de teatro que escribieron Sófocles y Esquilo, sólo tenemos 14. Piensa en eso la próxima vez que twiteas algo.

Afortunadamente, no hace falta tener los originales ya que muchas obras fueron copiadas una y otra vez a lo largo de los siglos. Además de los fragmentos originales, hay copias de tres cartas de Epicuro que Diógenes Laercio reprodujo en el siglo 3 d.C. en su célebre libro sobre la vida de los filósofos ilustres, y también copias de un par de colecciones de citas de Epicuro. Pero la mejor fuente de sus ideas no es el propio Epicuro sino uno de lo más célebres textos del mundo antiguo, *De rerum natura* (Sobre la naturaleza de las cosas) escrito por Lucrecio, un romano que vivía entre 99 y 55 a. C. El texto es un poema dividido en seis libros que expone el pensamiento de Epicuro para un público romano. Cicerón lo llamaba brillante y sumamente artístico. Ovidio dijo que los versos del sublime Lucrecio permanecerán hasta el fin del mundo. Obviamente, el libro fue discutido con interés en el mundo romano pero conforme se desarrollaba el cristianismo, se trataba menos y menos. El último comentario que se encuentra en el registro histórico de la antigüedad es a finales del siglo 3 d.C. de la mano de San Jerónimo. Hablaba de cómo Lucrecio se había suicidado por un hechizo amoroso, tachando por implicación la filosofía expuesta en el libro de Lucrecio. Y luego un silencio que duró más de mil años.

La caída del Imperio Romano fue un largo proceso, pero a finales del siglo 5 ya se había desaparecido en occidente, aunque continuaba durante mil años más en el oriente próximo con su centro en Bizancio, luego llamado Constantinopla, y luego, con la conquista de los turcos otomanos, llamado Istanbul. Pero en

occidente, las luces del mundo antiguo se apagaron en mayor parte, aunque no desapareció todo rastro de su pensamiento ya que los monasterios guardaban en sus bibliotecas copias de muchos de los tomos de la antigüedad.

En 1417, en los albores del Renacimiento, un tal Poggio Bracciolini, funcionario y escriba de la curia romana y fanático de los libros antiguos y del naciente humanismo, andaba en Alemania visitando remotos monasterios, pidiendo acceso a sus bibliotecas. En uno, no se sabe cual, le permitieron revisar su acervo. Si has leído *El nombre de la rosa* de Umberto Eco, podrás imaginar la escena. En las oscuras estanterías, rodeado de tomos de dudosa índole, sacó un viejo códice cuyo título, gracias a su lectura de Cicerón y Ovidio, reconoció en un instante: *De rerum natura*. Una de las perlas del mundo antiguo había renacido justo a tiempo, en el propio Renacimiento europeo.

Pidió a un escriba del monasterio que le hiciera una copia. De esa copia se hicieron más y así, poco a poco, el sistema entero de Epicuro se dio a conocer a un mundo listo para su enseñanza. En el materialismo de Maquiavelo y Hobbes, en la mentalidad de Galileo que se atrevió a cuestionar el dogma de la iglesia, en el empirismo de Locke con sus implicaciones políticas, y en los pensadores de las revoluciones francesas y americanas, encontramos el aliento filosófico de Epicuro. No quiero decir que el descubrimiento de este libro de Lucrecio cambió todo. Hubo muchos factores en la conformación de nuestro mundo moderno, pero su influencia es innegable. Lo que las ideas de Epicuro propician, muy a la mano con el mismo espíritu del Renacimiento, es la posibilidad de centrarse en las cosas de este mundo, en vez de ángeles y demonios y causas inmateriales; de cuestionar la autoridad y el dogma; de ver el ser humano como parte integral del orden natural y continuo con él; de ver nuestro mundo y su sol como pequeños elementos en un universo infinito; de vivir de forma ética sin hablar de recompensas o castigos en una vida posterior; y de contemplar sin miedo la muerte del alma. Suena muy bien todo eso ¿no? Pues pasemos a ver cómo Epicuro plantea su cosmovisión. Por cierto, todo eso del descubrimiento del libro de Lucrecio lo tomé de este libro, *The Swerve* de Stephen Greenblatt - lo recomiendo muchísimo!

Primero, unos datos biográficos. Epicuro nació en la Isla de Samos en el Ageo en el año 341 a.C., siete años después de la muerte de Platón. Estudió las ideas de Demócrito y de Platón y tras unos intentos de formar escuelas, llegó a Atenas en 306 y poco tiempo después formó una comunidad filosófica que se llamaba el Jardín.

Como hemos visto hasta ahora con la filosofía helenística, la preocupación

básica es práctica - cómo vivir bien. Cualquier reflexión teórica se hace en aras de algún beneficio para la vida práctica. En el caso de Epicuro, la cuestión de la buena vida es muy fácil; consiste, a grosso modo, en cultivar placer y evitar dolor. ¿Hacía falta que un filósofo nos dijera eso? ¿No vemos esa conducta en todo ser humano, incluso en los animales? Pues sí. El problema es que hay diversas maneras de buscar placer y evitar dolor, la mayoría de las cuales conducen a resultados no del todo óptimos. ¿Sería buena una vida que se pasara en borracheras y evitando siempre ir al dentista? Pues no. Veremos más adelante qué dice Epicuro sobre la naturaleza del placer, pero más interesante de momento es el dolor. Muchas veces, aunque estemos rodeado de cosas placenteras, el dolor impide que las disfrutemos. ¿A qué tipo de dolor me refiero? No tanto el dolor físico como el mental, específicamente el miedo. Para Epicuro, lo que más impide que uno tenga una vida placentera es el miedo a los dioses y a la muerte. ¿Te acuerdas en *El mago de Oz* el terror que el gran mago le causaba a Dorotea y su banda, pero que luego no era más que un viejito tras una cortina jalando palancas? Epicuro hace algo parecido con nuestros miedos, pero, para poner a los dioses y la muerte en su lugar, tiene que explicar la naturaleza del cosmos. Eso lo hace acudiendo al atomismo de Demócrito.

En el fondo, la realidad consiste en átomos moviéndose en un espacio vacío. Ahora, no fue hasta el siglo XIX que la ciencia probó la existencia del átomo, entonces ¿cómo llegaron Demócrito y Epicuro a esta conclusión? Pues, cualquiera por su alrededor ve cuerpos en movimiento: pájaros volando, coches pasando, gente caminando. Dado que están en movimiento, tiene que haber un espacio en que se mueven. Eso Epicuro lo llama el vacío. Ahora, sabemos por experiencia que los cuerpos que vemos son compuestos. Un edificio es un compuesto de ladrillos, un cuerpo humano de células, etc. Pero podemos tomar los ladrillos y las células y reducirlos a constituyentes más básicos, y eso a su vez reducirlo a algo más básico. Dice Epicuro que ese proceso tiene que terminar en algún punto, en algo que no puede reducirse más, ya que si no, los cuerpos simplemente desaparecerían. Este constituyente básico se llamaba átomo. En griego, *temnein* significa *cortar* y la “a” al principio es una negación, así que, átomo es aquello que no puede cortarse o reducirse más. Entonces, todo cuerpo no es más que una combinación de átomos moviéndose en el vacío.

¿Conoces la frase latina *ex nihilo nihil fit*? Significa “de la nada, nada sale.” Parmenides fue el primero de formularla y Epicuro la usa para sostener que los átomos y el vacío en que se mueven siempre han existido y siempre existirán.

Además, razona que el universo, el vacío, es infinitamente grande. Si tuviera un límite, podrías llegar ahí, dar un paso más allá del límite, y así habrías agrandado el cosmos, como vemos en esta pintura medieval. Esto podría repetirse infinitamente, por lo que el cosmos tiene que ser infinito. Dado su tamaño ilimitado, tiene que haber una cantidad ilimitada de átomos también. Si la cantidad fuera finita, se extenderían en el infinito vacío y la densidad de los átomos en cualquier parte sería nula y así sería imposible que cuerpos compuestos se formaran.

Éste es el escenario entonces, un vacío infinito que siempre ha existido en el que una cantidad infinita de átomos se mueven. La posición de Epicuro se distingue de la de Demócrito en dos puntos. Primero, Epicuro atribuía peso a los átomos mientras que Demócrito no. Pero más interesante es el segundo punto. Demócrito decía que los átomos caen hacia abajo con velocidad uniforme en trayectos lineales de los que no salen. Si así fuera, las combinaciones de átomos que se dieran serían determinadas por las condiciones previas y las actuales velocidades y posiciones de los átomos. Contra este estricto determinismo, Epicuro postulaba que de vez en cuando los átomos daban un giro inesperado hacia un lado. En inglés, "giro" es "swerve" y por eso se llama ese libro que les comenté. Es una idea muy importante. En el próximo vídeo, veremos cómo, de su metafísica atomista y el giro que hacen los átomos, deriva Epicuro una filosofía práctica bastante interesante y acorde con nuestra actualidad.